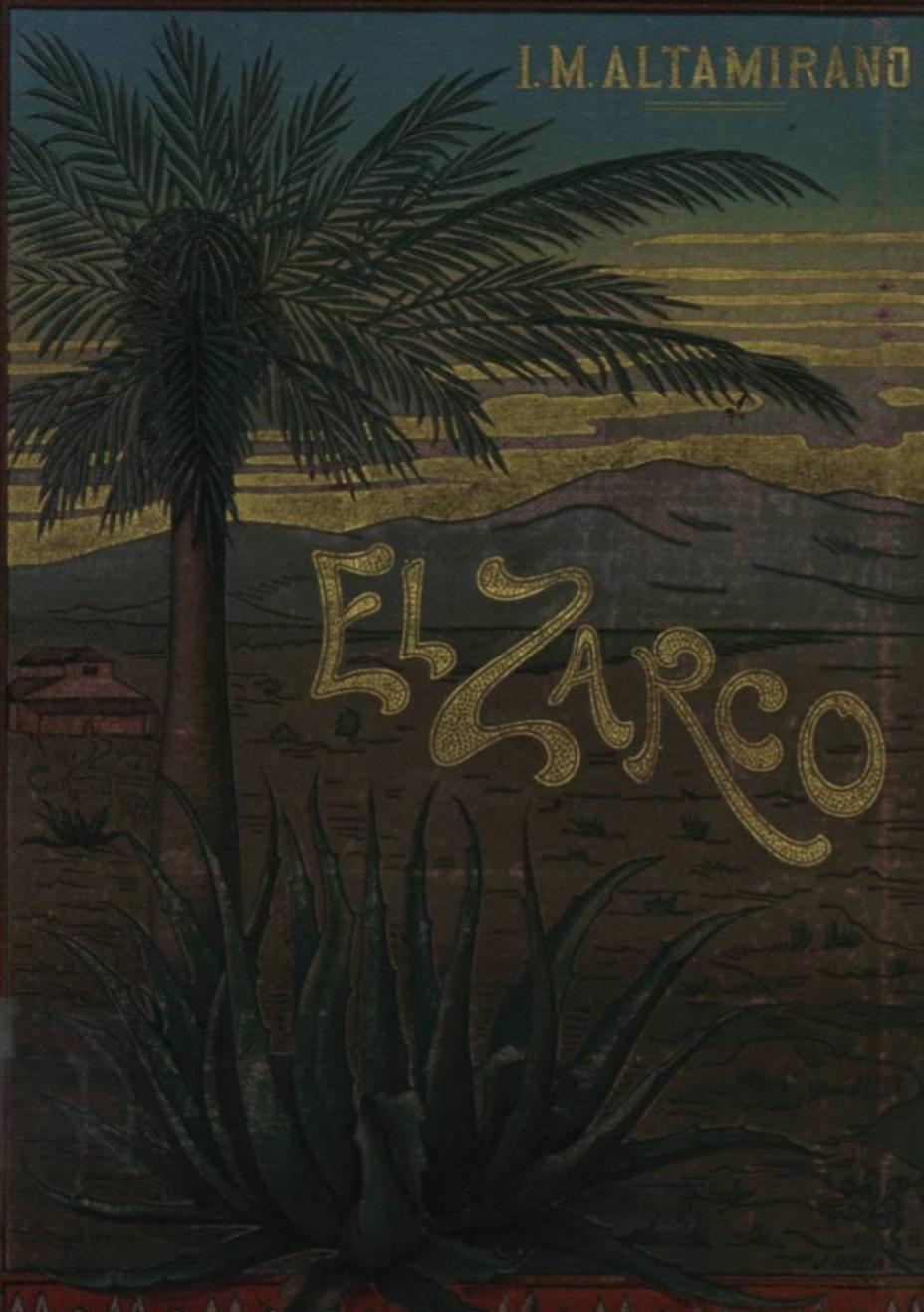


I. M. ALTAMIRANO

EL ZARCO





THE UNIVERSITY OF CHICAGO

7 APR 1955



PQ7297
.A6
Z2

108671



1020006063



108671



1020006063



EL ZARCO

EL ZARCO



D. Ignacio Manuel Altamirano

Ignacio Manuel Altamirano

EL ZARCO

(EPISODIOS DE LA VIDA MEXICANA EN 1861-63)

NOVELA PÓSTUMA

PRÓLOGO DE

D. FRANCISCO SOSA

DIBUJOS DE D. ANTONIO UTRILLO

GRABADOS DE D. J. THOMAS

2

MÉXICO

ESTABLECIMIENTO EDITORIAL DE J. BALLESCÁ Y C.^a, SUCESOR

572, SAN FELIPE DE JESÚS, 572

1901

PQ7297

.A674

Z 2



FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

Tipolitografía de SALVAT é HIJO, calle de Mallorca, 294. — Barcelona

AL LECTOR

El original de este libro me fué cedido por el señor Altamirano desde el año de 1888, y acompañándome en mis viajes, fué á Europa y volvió á México más de una vez, sin que, por causas diversas y siempre contrarias á mi voluntad, se me lograra el deseo vivísimo de darlo á la imprenta.

Confiado el mismo original á un copista para que sacase reproducciones, extravió parte de él y no logré recobrarlo hasta hace poco, cuando ya empezaba á desesperar de conseguirlo.

Debía esta explicación á los amigos y admiradores del insigne autor de este precioso libro, que yo era el primero en desear ver impreso, y que extrañaban, era natural, mi aparente pereza en lanzar al público una obra que han de saborear con deleite los amantes de la buena literatura.

EL EDITOR.

México, Febrero de 1901.

PRÓLOGO

Corría el año de 1886 cuando fueron leídos por su autor los primeros capítulos de la presente novela, en las sesiones del Liceo Hidalgo. En aquellos días, — de los que parece que nos separan largos lustros si nos fijamos en la transformación sufrida, — las reuniones literarias constituían el encanto de gran parte de la juventud mexicana; los goces puros de la inteligencia no habían sido trocados por los desórdenes de las cantinas y de los centros de prostitución; en el teatro no privaban ni las insulseces ni la pornografía, ni la prensa á título de informar acrecentaba el escándalo. Notábanse, es cierto, los primeros síntomas de la degeneración, pero, por eso mismo, empeñábanse con noble ardor en atajar los avances del mal, los que creían, como Altamirano, que la grandeza de un pueblo no estriba únicamente en el desarrollo de las riquezas materiales.

¡Qué hermosas eran entonces las veladas que el Liceo ofrecía los lunes á los amantes de las buenas letras! El salón de sesiones no bastaba á contener la numerosa concurrencia que acudía á escuchar discusiones en que toma-

ban parte Pimentel, Riva Palacio y otros distinguidos literatos; lecturas amenas é instructivas, discursos razonados y eruditos, ó bien floridos y galanos como los de Zambrano, y cuando por lo avanzado de la hora tenía el Presidente que dar por terminada la reunión, todos lamentaban tener que esperar hasta el próximo lunes para volver á disfrutar otras horas de tan grato esparcimiento.

Fué en aquella época cuando Altamirano deleitó á los concurrentes del Liceo con la lectura de los trece primeros capítulos de *El Zarco*, logrando, desde el principio, despertar el más vivo interés; no sólo porque poseía el don de imponerse á su auditorio, cualquiera que fuese el asunto por él tratado, sino porque los episodios de la vida mexicana que se propuso narrar no habían sido hasta entonces explotados por el novelista, sino por escritores políticos, con el apasionamiento propio de los que en todo buscan armas para anonadar á sus contrarios.

Altamirano, en sus mocedades, fué vehemente como pocos en las terribles luchas que á diario libraban en la tribuna parlamentaria y en la prensa periódica los corifeos de los dos partidos en que la nación estaba dividida; pero una vez que su credo predominó, una vez que las instituciones democráticas triunfaron, una vez que la restauración republicana quedó consumada en 1867, Altamirano, sin rencores por lo pasado ni temores por lo porvenir, como decía el lema de Riva Palacio, emprendió la noble, la generosa, la patriótica tarea de formar una familia con todos los cultivadores del arte literario en México, fueran los que fuesen los ideales políticos que hubiesen perseguido ó que intentaran perseguir en lo de adelante. A él, más que á ningún otro, se debió el re-

nacimiento de las bellas letras en México, á raíz de las convulsiones de la guerra más larga y más sangrienta que registra nuestra historia en los primeros cincuenta años de nuestra vida independiente. Ahí están para comprobarlo sus numerosos escritos, y aquí estamos para decirlo los que le secundamos, con toda voluntad, hasta donde nuestras fuerzas alcanzaron.

Tachóse á Altamirano de prodigar elogios hasta á pobres medianías; atribuyéronse esos elogios al deseo de alcanzar la jefatura de las huestes literarias; pero él, fuerte con la conciencia de la alteza de sus propósitos, prosiguió con empeño su apostolado. No fueron estériles los esfuerzos del ardido campeón, y cuando se escriba la historia de nuestra literatura el nombre de Altamirano resplandecerá en las páginas que comprendan el período transcurrido desde 1867 hasta 1889 en que él se ausentó del país. Sí, durante más de veintidós años fué Altamirano el adalid más famoso de las letras patrias: hizo cumplida justicia á los merecimientos de sus mismos enemigos políticos, obligóles con tacto exquisito á abandonar el retiro á que voluntariamente se habían condenado y publicó y encomió sus producciones; los sentó en las nuevas Academias para que compartiesen con la nueva pléyade los goces y las amarguras de la vida del espíritu, y al propio tiempo alentó á los que por timidez no se atrevían á presentar al público sus ensayos.

Merced á Altamirano, fué, puede decirse, fácil y pronto el restablecimiento de las relaciones entre los escritores á quienes parecía haber separado para siempre la tremenda lucha entre republicanos é imperialistas; obra tanto más meritoria cuanto que para llevarla á cabo

tenía él que exponerse á las iras de los que á la hora del triunfo se muestran intransigentes, á pesar de que contribuyeron á ese triunfo en menor escala que los que predicaban la concordia. Y téngase en cuenta que de quien menos podían esperarse la iniciativa y la propaganda del olvido de lo pasado para obtener la unión fraternal de los poetas y literatos, era de Altamirano, que había sido llamado en no lejanos días por sus enemigos *el Marat de los puros*, por la exaltación con que en la tribuna los había combatido.

No menos meritoria fué, en la época á que vengo contrayéndome, la empresa que Altamirano acometió, con el ardor que le caracterizaba, de encauzar la corriente de las nuevas ideas hacia la que él había acariciado siempre, hacia la que formaba la más profunda, la más pura de sus aspiraciones: la creación de la literatura nacional. Admirador entusiasta de la sud-americana, porque en ella se revelaba mucho mejor que en las producciones mexicanas, no sólo el santo amor de la patria sino también el de todo lo que con ella se relaciona ó á ella se refiere, Altamirano despertó en la generación á que él pertenecía y en la llamada á reemplazarla, el entusiasmo por los asuntos de pronunciado color nacional, y desde entonces poetas, novelistas, escritores de costumbres, soñaron con la gloria que por excepción había conquistado Guillermo Prieto, el más popular de nuestros autores por ser también el verdadero, el genuino autor mexicano.

Merecimientos tan grandes no deben ser olvidados, sino antes bien recordados para enseñanza y ejemplo de la juventud, y mucho más ahora que ésta parece inclinada á seguir por extraviados senderos. Publicar una

obra hasta hoy inédita del ilustre suriano, es empresa meritoria; no solamente que se salva así de quedar para siempre olvidada á pesar de sus notables bellezas, sino porque hay algo así como una evocación de los manes de uno de los patriarcas de nuestra literatura, para que ante el justo prestigio de su nombre y ante el modelo que sus escritos proporcionan, las nuevas generaciones beban en fuente purísima y á raudales la belleza artística, libre de los afeites, de los rebuscamientos incomprensibles, de los absurdos dislates que prodigan, en los días que corren, los imitadores de los decadentistas franceses.

La prosa nítida de Altamirano; las descripciones llenas de encanto y de verdad que nos transportan á las feraces comarcas del Sur; la pintura, el retrato, diré mejor, de los guerrilleros y bandidos de la época en que se desarrollan los sucesos por él narrados, todo hace de *El Zarco* un libro ameno é instructivo. Instructivo, sí; porque si se descarta la fábula de los amores del *plateado* con la desventurada joven de Yautepec, un historiador puede utilizar como *documento* cuanto Altamirano refiere sobre las hazañas de los bandidos que infestaron durante unos años la región que forma hoy el Estado de Morelos.

Libros como éste no han menester de prólogo encomiástico, y si va *El Zarco* precedido de estas breves líneas, es únicamente porque así lo ha deseado mi excelente amigo el editor, que, por la estimación que me profesa, ha deseado unir mi oscuro nombre al del ilustre Altamirano.

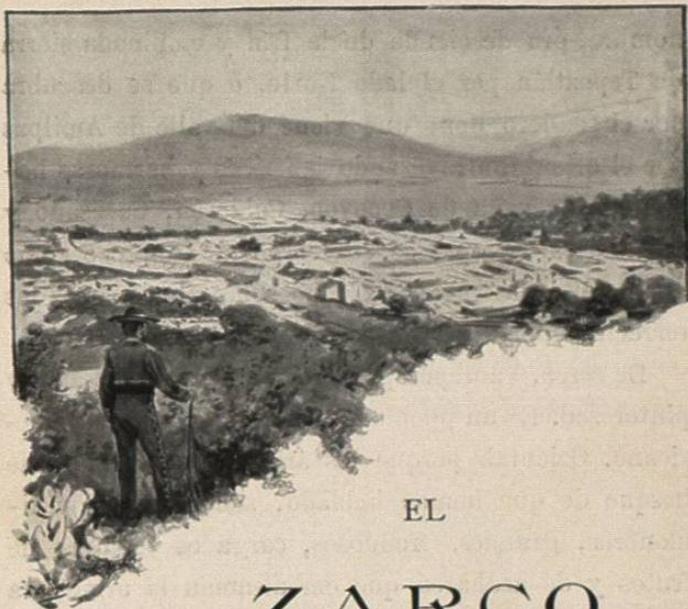
Una advertencia para terminar.

Publícase esta novela siete años después de haber

muerto Altamirano, y es natural, por lo mismo, que no falten en ella algunas de esas incorrecciones que se notan al revisar las pruebas de imprenta, cuando el autor mismo desempeña esa tarea. Ni el editor ni yo nos hemos creído autorizados á introducir la más ligera variación, pero ambos pedimos á los críticos que tengan presente esta advertencia.

FRANCISCO SOSA.

México, Septiembre 22 de 1900.



EL

ZARCO

I

Yautepec

Yautepec es una población de la tierra caliente, cuyo caserío se esconde en un bosque de verdura.

De lejos, ora se llegue de Cuernavaca por el camino quebrado de las Tetillas, que serpentea en medio de dos colinas rocallosas cuya forma les ha dado